

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

QUID PRO QUO

JUQUETE COMICO-LIRICO É INVEROSIMIL

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON JOSÉ USÚA

MÚSICA DEL

MAESTRO CATALÁ

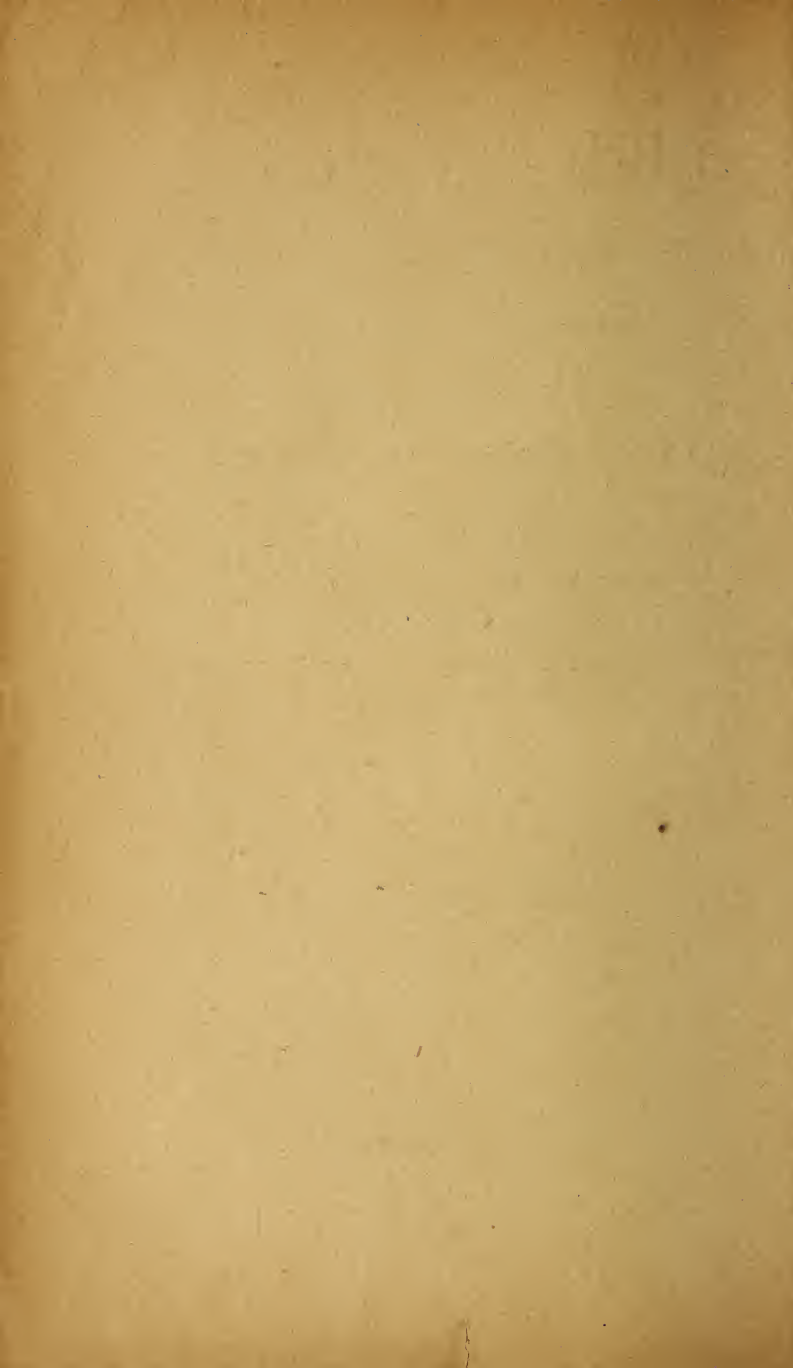


MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO

1888

20

QUID PRO QUO



QUID PRO QUO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO É INVEROSÍMIL

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON JOSÉ USÚA

MÓSICA DEL

MAESTRO CATALÀ

Estrenado con extraordinario éxito en el **TEATRO ESLAVA**
el 19 de Abril de 1888



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1888

Esta obra es propiedad de D. Luis Aruej, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MIS QUERIDOS AMIGOS

Don Ramón Arriaga y Don Luis Aruej

en testimonio del cariño que les profesa

El Autor

Da gracias á todos los actores que han tomado parte en esta obra, por su gran esmero en el desempeño de sus papeles, al que debe en gran parte el éxito obtenido

EL AUTOR.

677370

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA VIRTUDES.....	SRA. BAEZA.
DOLORES.....	SRTA. MOLINA.
PACA.....	PINO.
DON MARCOS.....	SR. LARRA.
EMILIO.....	RIQUELME.
JOSÉ.....	CARRERAS.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda, la del actor.

ACTO ÚNICO

Sala elegantemente amueblada al gusto del día. Puertas laterales, y una al foro. Segundo término derecha un piano, sobre el que habrá varios papeles de música y libros de idem.

ESCENA PRIMERA

PACA sola

Música

¡Ay! reniego de mi estrella
que me tiene condená
á seguir siendo doncella
no siendo mi voluntá.
Si esto sigue, no es posible
que lo pueda resistir,
que á otra escala quiero el pase
donde pueda bien servir.

Casarme deseo
con un guapo chico
que tenga salero,
que sepa mimar,
y ser de mi casa
la dueña absoluta,
sin ama ni amo
que quieran mandar.

Yo que todas las mañanas,
antes de salir el soi,
porque no gruña la vieja,
barro y limpio el comedor.
Que no cesó un solo instante
de moverme y trabajar,
tengo ganas de que llegue
la ocasión de descansar.

Estando casada
no habrá quien me mande,
ni habrá quien me gruña
ni me moveré;
si riñe mi esposo
cuando esté parada,
que se mueva él solo
le contestaré.

Hablado

¿Noes lástima, caballeros, que con una cara y unas hechuras como las que Dios me ha concedido, tenga que estar sufriendo las rarezas de unos amos? Me parece que no exagero, porque la clase, bien á la vista está. ¡Ay! cuándo querrá el cielo que algún desesperado se acuerde de que existo y se decida á llevarme ante el cura para que nos eche los garabatos.

ESCENA II

PACA y DON MARCOS

- D. MAR. (Primera izquierda.) ¡Hola! ¡Paquita!
PACA Muy buenos días, señor.
D. MAR. (Se aproxima á ella é intenta abrazarla.) Cada día me pareces más bonita.
PACA A ver si se está usted quieto y me deja limpiar el polvo.
D. MAR. ¡El polvo, eh! el polvo. ¡Ah!
PACA No he visto ámo más viejo y con menos formalidad.
D. MAR. Eso va en temperamentos. ¿Dí, picaronci-

lla, por qué te has de mostrar tan esquivá á mis reiteradas proposiciones?

PACA Si no se explica más claro, no le comprendo.

D. MAR. Mira: mañana, que es día de fiesta, te tocará salir de paseo.

PACA ¡Sí!

D. MAR. Pues bien; me esperas en el café de la Universidad, entrando por la travesía de las Pozas.

PACA Sí. (Mostrando alegría.)

D. MAR. Tomamos café, y luego...

PACA Nos vamos al teatro.

D. MAR. Bueno, al teatro; y luego...

PACA Se me ocurre una idea. Para que usted no se aburra esperándome, por si me atraso algo...

D. MAR. Sí. (Muy entusiasmado.)

PACA Cito en el mismo punto media hora antes á mi novio, y al verle á usted entrar...

D. MAR. (Me rompe el alma.) No, hija mía, no; para esas cosas, cuanto menos bultos más claridad.

PACA Yo, por hacerle á usted un favor.

D. MAR. Se lo harías al médico que tuviese luego que curarme.

PACA Pues de otro modo no puede ser, *agüelo*.

D. MAR. ¿Qué falta de respeto es esa?

PACA Aliviarse... (Vase foro.)

D. MAR. La verdad es que me encanta su vivacidad; insistiré otro día y si es cierto lo de «plaza sitiada, plaza tomada» entraré al asalto.

ESCENA III

DON MARCOS y DOÑA VIRTUDES

D.^a VIR. (Segunda izquierda.) ¿Todavía estás aquí? (Muy indignada.)

D. MAR. Me ha retenido una consulta de partida doble.

D.^a VIR. Reniego de tu partida doble, de tí y del día en que nos casamos.

- D. MAR. Cálmate, mujer.
D.^a VIR. No me da la gana.
D. MAR. Atiende á razones.
D.^a VIR. Nadie puede dar lo que no tiene; tú no tienes sentido común, mal puedes razonar.
D. MAR. ¿Pero es posible, Virtudes, que por causas tan pequeñas, siempre en esta casa este- mos en continuo dos de Mayo?
D.^a VIR. ¿Causas pequeñas llamas á no obedecer mis órdenes? Vuelvo á repetirte que es necesario que salgas al momento y en cualquier agencia de sirvientes, en el Hospicio, donde sea, hagas el encargo del chico que necesitamos; ya te he dicho, que con la muchacha solo no tenemos suficiente para el servicio doméstico, que no es posible que vaya á tus recados y atienda á los quehaceres de la casa, y sobre todo, á qué agente de negocios, como tú eres, ves que le sirva una doncella.
D. MAR. Á cualquiera, hija mía, á cualquiera.
D.^a VIR. Calla, imbécil. Hoy mismo ha de dormir en casa el chico; lo mando, lo exijo.
D. MAR. Bien, mujer; pero recuerda que don Frutos, nuestro médico, ofreció mandarnos uno de toda su confianza.
D.^a VIR. Hace quince días, y todavía no ha parecido.
D. MAR. Ten paciencia.
D.^a VIR. No quiero; pasado mañana empezarán las reuniones en casa de la generala, á las que dicho sea de paso iré todas las noches, y es necesario que á tu hija Dolores y á mí nos acompañe un lacayo.
D. MAR. ¿Lacayo, sin tener coche?
D.^a VIR. No importa, por algo se empieza.

ESCENA IV

DICHOS y DOLORES, segunda derecha, con un periódico de modas en la mano

DOL. (Ya están como siempre; veré si logro distraerles.) Papá, tú que eres tan aficionado

á descifrar charadas y enigmas, ayúdame á encontrar la solución de estos.

D. MAR. (Para enigmas estoy.)

DOL. ¿Cuál té parece que es el colmo de la dicha conyugal?

D. MAR. Quedarse viudo. (Con rapidez.)

D.^a VIR. No abres la boca más que para decir sandeces.

DOL. ¿Y el animal que más se parece al hombre?

D.^a VIR. Tu padre.

D. MAR. La pregunta no te la dirigían.

D.^a VIR. Pues he querido contestarla. ¿Qué hay?

D. MAR. Nada; que has hecho perfectísimamente.

DOL. Si ha de servir de disgusto lo que yo creía una distracción...

D. MAR. ¡No, hija mía; si aquí, gracias á Dios, disfrutamos siempre de una paz octaviana: saca otra conversación y verás cómo nos reimos.

DOL. Dí, mamá, ¿qué modelo te gusta más para los trajes que ha de hacernos la modista?

D. MAR. ¿Trajes?

DOL. Sí, papá.

D. MAR. ¡Considera, hija mía, que en nueve meses que llevamos del año, he pagado cuatro cuentas!

D.^a VIR. Pues esta será la quinta, y sobre todo, no te metas en cuestiones que no te incumben; tú, á pagar y á callar.

D. MAR. ¡Buen ministro de Hacienda hubieras hecho!

DOL. Si no quieres, no me le harán.

D.^a VIR. ¿Qué estás diciendo, hija? Aquí no hay más voluntad que la mía.

D. MAR. Yo soy el jefe de la familia, de la casa, y no consiento...

D.^a VIR. ¿Insubordinaciones á mí? ¡Infame! (Coge varios papeles de música y libros y se los tira.)

DOL. ¡Por Dios, mamá!

D. MAR. ¿Ves, hija mía, cómo te dije que variando de conversación nos íbamos á reir mucho?

D.^a VIR. Ese monstruo quiere quitarme la vida.

D. MAR. (¡Ay, pero no lo consigo!)

- D.^a VIR. Ya presiento la jaqueca; ven, hija, á mi alcoba, me pondrás los paños de agua sedativa y me acostaré un rato. (A Marcos.) Ten presente que si pasada una hora, no está aquí el chico, los sordos nos van á oír.—Vamos, Dolores. (Vánse segunda izquierda.)
- D. MAR. (¡Anda con el diablo, pantera!...)

ESCENA V

DON MARCOS

¡Pero, señor, es posible que jamás han de estar en consonancia los nombres y apellidos con las cualidades del sugeto! Mi mujer se llama Virtudes y de apellido Carabella, y efectivamente, ni unas ni otra posee. Cuando cometí la torpeza de llevarla al altar, aún pertenecía al bello sexo; pero al poco tiempo se operó en ella una metamorfosis que hoy ya no pertenece á ningún sexo; de puro fea; antes tenía voz dulce y melíflua, hoy parece un sochantre; antes era amable cariñosa, hoy arisca, cual gato montés; y por último, hoy no se afeita porque no se atreve, pero tiene más barbas que yo. ¡Y estar condenado á vivir con un cabo de gastadores! ¡Esto es insufrible!

ESCENA VI

DICHO y D. JOSÉ, por el foro. Este tendrá el defecto nervioso de mover el brazo y la pierna derecha tres veces consecutivas

- JOSÉ ¿Se puede?...
D. MAR. ¡Adelante, mi querido don José!
JOSÉ (Movimiento nervioso al darle la mano.) ¡Amigo don Marcos!
D. MAR. ¡Caracoles, este hombre es capaz de asustar á cualquiera con sus malditos ner-

- vios!...) Usted sí que puede decir como los flamencos, que se dan las tres pataitas.
- JOSÉ Eso, eso precisamente fué la causa de esta enfermedad.
- D. MAR. ¿Lo flamenco?
- JOSÉ Sí, señor.
- D. MAR. ¡Qué rareza!
- JOSÉ En vida de mi pobre esposa, que santa gloria haya.
- D. MAR. (¡Quién pudiera decir otro tanto!)
- JOSÉ Yo no sabía lo que era flamenco; y una noche, agujoneado por la curiosidad, fui á uno de esos cafés, llamados de cante. ¡Ay, amigo mío! Una de las cantadoras, que era... ¡María Santísima!...
- D. MAR. ¡Cómo! ¿María Santísima cantaba flamenco?
- JOSÉ No, hombre; que era una morena de ojos negros, de la que me enamoré perdidamente.
- D. MAR. ¡Es claro, como el género lo requería!
- JOSÉ Yo la supliqué que me enseñase aquellos redobles que con sus diminutos piés hacía del tablado una caja armónica. Ella, rehusando al principio, pero aceptando luego algunos presentes, se prestó gustosa á enseñármelo, y todas las tardes, después del ensayo, nos jaleábamos; pero una de éstas, mi amantísima esposa, que tenía un genio de dos mil demonios...
- D. MAR. (Como la mía.)
- JOSÉ Sin duda había sospechado algo; me sigue, ocupa una mesa, recatándose la cara con el velo, y cuando yo redoblaba con más entusiasmo, siento caer á mis piés...
- D. MAR. ¿Una corona?
- JOSÉ No, señor; una botella... Vuelvo la cara, y al divisar la de Tula, me entró un temblor nervioso que estuve bailando mientras la flamenca y mi mujer se ponían de oro y azul; hasta que una pareja de Orden Público puso fin á la contienda que allí se produjo. Desde entonces no puedo con lo flamenco. (Va á sentarse y se fija en los papeles de

- música que hay por el suelo.) ¡Hola, hola! ¿Hayden, Mozart y Verdi por el suelo?
- D. MAR. Mi mujer ha estado ensayando un momento y distraídamente se han quedado ahí los papeles.
- JOSÉ ¿Son ustedes aficionados á la música?
- D. MAR. ¡Oh, constantemente entonamos unos duos... en fin, hasta cuando dirimimos alguna cuestión, solfeamos.
- JOSÉ ¡Qué originalidad!
- D. MAR. De este modo los insultos que nos dirigimos resultan armónicos, y á la vecindad no le choca tanto estar constantemente oyendo voces.
- JOSÉ Según eso, las que he oído hace poco, demuestran que...
- D. MAR. La hemos entonado, sí señor.
- JOSÉ ¿Por alguna pequeñez habrá sido?
- D. MAR. Precisamente. Virtudes se empeña en que no es suficiente con la chica que tenemos y ahora quiere un chico.
- JOSÉ ¡Hombre! pues el empeño me parece razonable. ¿Y dónde está, dónde está Virtuditas?
- D. MAR. En su alcoba, con Dolores.
- JOSÉ ¡Hola! entonces ya sólo es cuestión de paciencia.
- D. MAR. Eso la he dicho. Nuestro médico aseguró ayer que quizás hoy tendríamos el chico.
- JOSÉ Pues yo no he notado nada en ella.
- D. MAR. Mi mujer sabe disimular perfectísimamente.
- JOSÉ ¡Vaya, vaya con Virtuditas! Quién me había de decir, cuando hace tres meses vine á ocupar el cuarto contíguo, que la vecina era la compañera de mi infancia, con la que tanto jugaba.
- D. MAR. ¿A qué?
- JOSÉ A lo que juegan los chicos. Entonces estaba muy guapa. Yo la hice cocos.
- D. MAR. ¿Con que la hizo usted cocos?
- JOSÉ Sí, pero no tenga usted celos, porque entonces, era entonces.
- D. MAR. Y ahora el coco es ella.
- JOSÉ Hará de esto unos treinta años y no la ha-

bía vuelto á ver hasta hace dos meses que al regresar ustedes de Cartagena, me hallé con la grata sorpresa de ver que eran mis vecinos...

D. MAR. ¿Y cómo tan tempranito tengo el gusto de verle?

JOSÉ Porque como usted maneja estos asuntos, (Sacando varios papeles que figuran ser acciones del Banco.) quiero que los examine y los negocie.

D. MAR. Con mucho gusto, pero en este momento me es imposible, porque voy corriendo á casa del médico para la cuestión del chico.

JOSÉ Ya me hago el cargo: además que yo tampoco puedo detenerme porque he recibido ayer una carta de mi hijo el oficial de marina que estaba en Cartagena anunciándome para hoy su llegada á esta con destino al ministerio. Ya le escribí que tenía que darle una nueva.

D. MAR. ¡Sí, eh!

JOSÉ Presentarle á Virtuditas.

D. MAR. Pues eso es darle una vieja.

JOSÉ ¡Jé, jé! (Ríe.) Qué bromista es usted. (Saca el reloj.) ¡Uy! no tengo mometo que perder; tomaré un coche para llegar á tiempo.

D. MAR. Saldremos juntos. (Se quita el batín y se pone la levita.)

JOSÉ Bueno. Oh, mortal afortunado, pero qué feliz es usted.

D. MAR. Mucho, muchísimo, pero remuchísimo. (Vánse foro.)

ESCENA VII

DOLORES, luego EMILIO

DOL. Papá, papá, que vayas al momento... No está, sin duda ya ha salido. La verdad es que si el matrimonio no tiene otros atractivos que los que hay en el de mis padres, ni es el estado perfecto del hombre, ni la carrera de la mujer. No quiero por un mo-

mento abrigar la sospecha de que si el joven que este verano logró cautivar mi alma con sus insinuantes súplicas amorosas, llegase un día á ser mi esposo fuese nuestra vida conyugal un continuo disgusto. No. El me mimaría, sería esclavo de mis caprichos, y yo respetaría el más insignificante de sus gustos, ¡oh! qué dicha.

EMILIO (Dentro.) Aquí debe ser; dejar la maleta en el recibimiento.

DOL. ¡Esa voz!

EMILIO (Entrando.) ¡Qué miro!

ESCENA VIII

DOLORES y EMILIO

Música

EMILIO

Señorita.

DOL.

Caballero.

(Qué osadía.)

EMILIO

Qué placer;

el destino en mi camino
hoy la vuelve á usted á poner.

DOL.

¿Cómo en esta casa
pudo entrar usted?

EMILIO

Pues porque la puerta
abierta encontré.

DOL.

Tal atrevimiento.

EMILIO

Digno es de perdón,
sigo los impulsos
de mi corazón.

Desde que en Cartagena
este verano la conocí,
siempre su imagen bella
y encantadora conservo aquí.

Yo como buen marino
busco anhelante para arribar,
faro que á puerto guíe,
donde mi barco pueda atracar.

La luz de esos ojos
mis pasos guió,

llegar á bahía
será mi ambición,
si usted es el puerto
la amarra echaré
y entrando de proa
el barco anclaré.

DOL. Nunca pensé que fuese
tan atrevido que osara así,
sólo por un capricho,
sin mi permiso llegar á mí.
Siempre que un barco busca
rada segura para arribar,
orden del puerto espera
y hace guiñadas en alta mar.
Si usted es marino
de noble ambición,
cumplir como bueno
será su misión.
Mirando á la costa
debiera esperar,
sufriendo su barco
los golpes de mar.

Hablado

DOL. ¡Caballero! creo que el no haberme mos-
trado indiferente á sus insinuantes mira-
das, le den derecho...

EMILIO A bendecir la casualidad que me propor-
ciona el momento de poderla declarar mi
pasión.

DOL. ¿Pues si es cierto ese amor, estará dispues-
to á hacer cuanto yo le mande?

EMILIO No lo dude usted un instante. Juro á fé de
caballero, que aun cuando se me impusie-
se el mayor de los sacrificios obedeceré
el más pequeño de sus caprichos.

DOL. Entonces salga usted inmediatamente de
mi casa.

EMILIO ¡Su casa! ¿Esta es su casa?

DOL. Sí, señor.

EMILIO ¡Cielos, qué sospecha! Mi padre me decía

- en su carta que tenía que darme una nueva; me parece que más nueva que esta.)
- DOL. (¡Dios mío! cómo ponerme á salvo de sus intenciones... porque no hay duda, al entrar de esta manera...)
- EMILIO Usted es casada.
- DOL. (Me he salvado.) Sí, señor.
- EMILIO ¿Hará muy poco?
- DOL. Un mes escaso.
- EMILIO ¡Justo! ¡sí! infame, pérfida, ha matado usted mis ilusiones (Suenan dos golpes de timbre.)
- DOL. ¡Mi padre!
- EMILIO (Su padre, el padre político del mío.)
- DOL. Por Dios, caballero, sálveme usted; al verle aquí dudarían de mi inocencia y no creo que usted sea tan malvado que me exponga á las iras de...
- EMILIO Eso jamás, ¿dónde me escondo?
- DOL. En ningún lado; diga usted que es el criado que manda don Frutos.
- EMILIO Considere, señora, que el papel que se me destina...
- DOL. ¿No dice que tanto me ama? (Suena otra vez el timbre.)
- EMILIO Sí, pero ya existe una barrera insuperable entre nuestro amor y la realización de mis ensueños.
- DOL. ¿Quién? ¿mi marido?
- EMILIO Sí.
- DOL. ¡Qué tontería! es tan bueno que estoy segura de que no se enfadará aun cuando sepa que yo correspondo al amor que usted dice me profesa.
- EMILIO ¡Caramba con la niña! promete; tan pronto y ya... pobre padre mío. (Suena otra vez el timbre.) Ahora me conviene obedecer ciegamente para ver hasta dónde llega su osadía.)
- DOL. Silencio, disimulemos.

ESCENA IX

DICHOS y DON MARCOS, foro

D. MAR. Estáis sordos ó... ¡Qué es esto! ¿Un joven en mi casa?

DOL. (Turbada.) Sí... papá... es... el criado que manda don Frutos.

D. MAR. ¡Ah!

EMILIO Sí, señor, soy el fruto de don Frutos.

D. MAR. ¡Cómo!

EMILIO Digo, el fruto de don criado; vamos no sé lo que me digo.

D. MAR. Serénate, hombre, serénate; ahora vengo de su casa.

EMILIO (Pues buena la hemos hecho.)

D. MAR. Y no estaba.

DOL. ¡Ah! respiro.

D. MAR. (Su continente me agrada; elegante, fino; dará honor á la casa. Ya sabía yo que no sería infructuoso dar el encargo á don Frutos.) ¿Cuánto tiempo hace que sirves?

EMILIO (Momento de pausa y mirándole con extrañeza.) ¡Ah! desde los quince años.

D. MAR. Sabrás llenar cumplidamente el cometido de tus funciones.

D. MAR. Perfectísimamente.

D. MAR. Pues empieza dando una prueba de ello. Sácame las botas. (Pausa.)

DOL. ¿No ha oído usted? Que saque las botas á papá.

EMILIO ¡Yo!

DOL. (Recuerde sus juramentos.) (A Emilio que se aproxima haciendo grandes esfuerzos.)

D. MAR. La botita ¡eh! la botita que es de charol y puedes estropearla. Pero tira más fuerte.

(Emilio da un fuerte tirón dejando caer á don Marcos de la silla.) ¡Cuidado hombre! ¡cuidado! yo te he dicho que me quites la bota, pero no el pié; deja, yo me las quitaré. Dame las zapatillas.

DOL. Allí están; traígalas usted al momento.

EMILIO ¡Tanta humillación!
DOL. (Me ama no hay duda.)
D. MAR. Niña, ve á decir á tu mamá que venga á ver al chico, que ya está aquí.
DOL. Pero, papá... si...
D. MAR. Obedece y calla.
DOL. (Cómo saldremos de este enredo.)

ESCENA X

DON MARCOS y EMILIO

D. MAR. Dame el batín. (Emilio lo coge y selo tira.) ¡Hombre! este medio no me parece el más á propósito de dar las cosas.
EMILIO Como no estoy acostumbrado á esta clase de servicios.
D. MAR. ¿Pues entonces, qué sabes hacer?
EMILIO Cantar, bailar, tocar. (Con marcado disgusto.)
D. MAR. No es lo más necesario para las faenas domésticas, pero en fin, dame á conocer una de tus habilidades.
EMILIO ¿Usted quiere oír vibrar las cuerdas de una guitarra, que le va á parecer un arpa tocada por los angelitos del cielo?
D. MAR. Hombre, sí.
EMILIO ¿Tiene usted una á mano?
D. MAR. Una mano, no; dos.
EMILIO Una guitarra.
D. MAR. Casualmente la conserva mi mujer porque es el instrumento que tocaba cuando soltera; se conoce que lo aprendió por si tenía que ganarse la vida con ella.
EMILIO Venga... Ahí va un tango.
D. MAR. ¿Dónde?
EMILIO Hombre, que lo escuche usted.
D. MAR. ¡Ah! ya.

Música

EMILIO En la Habana al cómpás de los güiros bailan los negros sus guarachitas, y en hamacas de seda se mecen lánguidamente las cubanitas.

A la sombra de los cocoteros
las horas se pasan de fuerte calor,
y teniendo una niña á su lado
le vuelve á uno loco con frases de amor.

¡Ay! compadre de mi vida
qué mujeres más bonitas
que se crían por allí,
entre blancas y morenas,
cuarteronas y trigueñas
no se sabe qué elegir.

Es la Habana el edén más hermoso;
dulcemente se pasa la vida,
y si va usted á ver los ingenios
al punto le obsequian las criollitas.
Una linda y preciosa criolla
de un ingenio que yo fui á ver,
me obsequió con zapote, malanga,
con dulce de piña, guayaba y mamey.
¡Ay, qué frutos más sabrosos,
exquisitos y gustosos
que se crían por allá!
si me pierdo, yo le juro
y aseguro, que me vayan
por la America á buscar.

Hablado

EMILIO ¿Qué le ha parecido á usted?
D. MAR. ¡Perfectísimamente!

ESCENA XI

DICHOS, y DOLORES segunda izquierda

DOL. Mamá dice que no es ella la que debe mo-
lestarse en venir, sino el chico el que tie-
ne que pasar á su gabinete.
D. MAR. Tiene razón; acompáñale, niña.
DOL. (A Emilio.) ¿Cómo vamos á salir de este la-
berinto?

- EMILIO (A Dolores.) Usted me ha metido en él, luego usted debe enseñarme la salida.
D. MAR. ¿Qué hacéis?
DOL. Ya vamos, papá. (Vánse segunda izquierda.)

ESCENA XII

DON MARCOS, luego EMILIO

- D. MAR. ¡Pues, señor, éste debe ser un gran punto para servirme de acompañante el día que yo quiera echar una canilla al aire! Si á mi mujer no le agrada, porque á todo tiene que poner defectos, estoy dispuesto á tarifar con ella antes de consentir que el chico salga de casa.
- EMILIO No me ha reconocido, sin duda. (Sale segunda izquierda.)
- D. MAR. ¿Qué te ha dicho la señora?
EMILIO Que la disgustaba que fuese moreno.
D. MAR. (¡No lo dije!) ¿Pero te quedas en casa?
EMILIO Así debe ser, porque ahora me ha mandado á la cocina, y que después de servir el almuerzo vaya á casa del sastre á tomarme medida de la librea.
- D. MAR. Pues obedece las órdenes de la señora.
EMILIO ¡Y que yo aguante estas humillaciones! Por supuesto, que en cuanto venga mi padre y descubra este lío, no sé lo que va á suceder. (Vase foro.)
- D. MAR. ¿Si persistirá mi mujer en la idea de hacerle el uniforme negro con vivos amarillos? No debe, porque parecería un empleado de «La Funeraria.» (Suena el timbre.) Muchacho, vé á abrir la puerta. ¡Que si quieres! (Atraviesa el foro Paca.) Debe estar poco acostumbrado al servicio.

ESCENA XIII

DON MARCOS y DON JOSÉ

- JOSÉ Ya estoy de vuelta. Aunque he llegado tarde á la estación, no cabe la menor duda de que no ha venido, porque he preguntado en casa y me han dicho lo mismo. Sin duda estará despidiéndose de las cartageneras, porque eso sí, respecto á muchachero es mi retrato el chico.
- D. MAR. Pues el nuestro ya está en casa.
- JOSÉ (Abrazando á D. Marcos frenéticamente.) ¡Caramba, que sea enhorabuena!
- D. MAR. Muchas gracias. ¡Pero, hombre, la cosa no creo que sea para tanto!
- JOSÉ ¡Cómo que no; ya lo creo! ¿Y qué tal es?
- D. MAR. Muy guapo; va á estar muy bien con el uniforme.
- JOSÉ ¿Piensa usted dedicarle á la carrera militar?
- D. MAR. ¡Qué militar ni qué ocho cuartos! ¡El de lacayo!
- JOSÉ ¿Lo va usted á vestir de lacayo? (Movimiento de extrañeza.)
- D. MAR. Se empeña mi mujer.
- JOSÉ ¡Qué rareza! ¿Dónde está, dónde está el chico?
- D. MAR. En la cocina.
- JOSÉ ¡Qué inhumanidad! ¿Quién le ha mandado allí?
- D. MAR. Virtudes.
- JOSÉ ¿Y usted por qué lo consiente?
- D. MAR. ¿Dónde quería usted que estuviera!
- JOSÉ En la cama, con ella.
- D. MAR. ¡Cuernos!
- JOSÉ Como hace toda buena madre.
- D. MAR. ¿Pero usted de quién habla?
- JOSÉ Del hijo de Virtudes.
- D. MAR. ¿Pero ese chico es hijo de mi mujer?
- JOSÉ Indudablemente.
- D. MAR. ¡Caracoles! ¡Muchacho, muchacho!... (Vase foro dando voces.)

ESCENA XIV

DON JOSÉ y DOÑA VIRTUDES

JOSÉ ¿Se ha vuelto loco ese hombre?
D.^a VIR. ¿Qué voces son esas?
JOSÉ ¡Señora!... (Asombrado.) ¿Tiene usted valor
de haberse levantado tan pronto?
D.^a VIR. Encontrándome bien ¿por qué no?
JOSÉ No es nada conveniente ni para usted ni
para el chico.
D.^a VIR. ¿Qué chico?
JOSÉ El que usted ha tenido valor de mandar á
la cocina; el hijo de don Marcos.
D.^a VIR. ¡Qué ha de ser Marcos su padre!
JOSÉ ¡Hola, hola!
D. VIR. (¡Qué sospecha! La insistencia en no querer
hacer encargo de otro criado, era sin duda
por proteger á su hijo.) ¡Ah, infame!

ESCENA XV

DICHOS y DON MARCOS

D. MAR. ¡Venga usted acá!
D.^a VIR. ¡Ven acá, bribón!
JOSÉ ¡Mi hijo!
D. MAR. ¿Su hijo? Es decir, uno de los cocos que
hizo á mi mujer...

ESCENA XVI

DICHOS y DOLORES

DOL. ¿Qué ocurre que así gritan?
D. MAR. Ven, hija mía; ahí tienes á tu hermano.
D.^a VIR. Sí, á tu hermano.
DOL. ¡Cielos, mi hermano, y yo que le amaba!

- EMILIO Caballero, esta señora no es mi hermana, es mi madrastra.
- JOSÉ ¡Cómo tu madrastra!
- EMILIO Sí señor, la segunda mujer de usted.
- D. MAR. ¡Ah, viejo infame, te has casado en secreto con mi hija! Lo mato.
- DOL. ¡Por Dios, papá, que no es cierto!
- D.^a VIR. ¿Pero qué enredo es este?
- EMILIO Así me dijo esta señorita.
- DOL. Que era casada, pero no con este señor; fué el medio para evitar el temor que me infundió al verle en casa.
- D.^a VIR. ¡Lo que es la inocencia!
- D. MAR. Pues hija, has empleado el que pudiera darte el resultado contrario.
- D.^a VIR. ¿Usted no es el recomendado de don Frutos?
- EMILIO No le conozco.
- DOL. No, mamá; es el oficial de marina que este verano en Cartagena me hacía el amor.
- EMILIO El cual hoy es más profundo.
- D.^a VIR. ¡Ahora quiero reconocer esas facciones!
- JOSÉ Sí, señora; mi hijo, para el que tengo el honor de pedir la mano de Dolorcitas, ya que han confesado que se aman.
- DOL. ¡Mamá, concédesela!
- D.^a VIR. No me opongo á tu súplica.
- EMILIO ¡Oh, dicha!
- D. MAR. ¡Hombre, qué lío ha armado usted por entender mal.
- JOSÉ No señor, ha sido usted, por no explicarse bien.
- D.^a VIR. Pero yo necesito que venga un chico.
- EMILIO Yo me encargo de ello; haré todas las diligencias para complacerla.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y PACA.

- PACA. Esperan contestación á esta carta (Dándosela á D.^a Virtudes.)

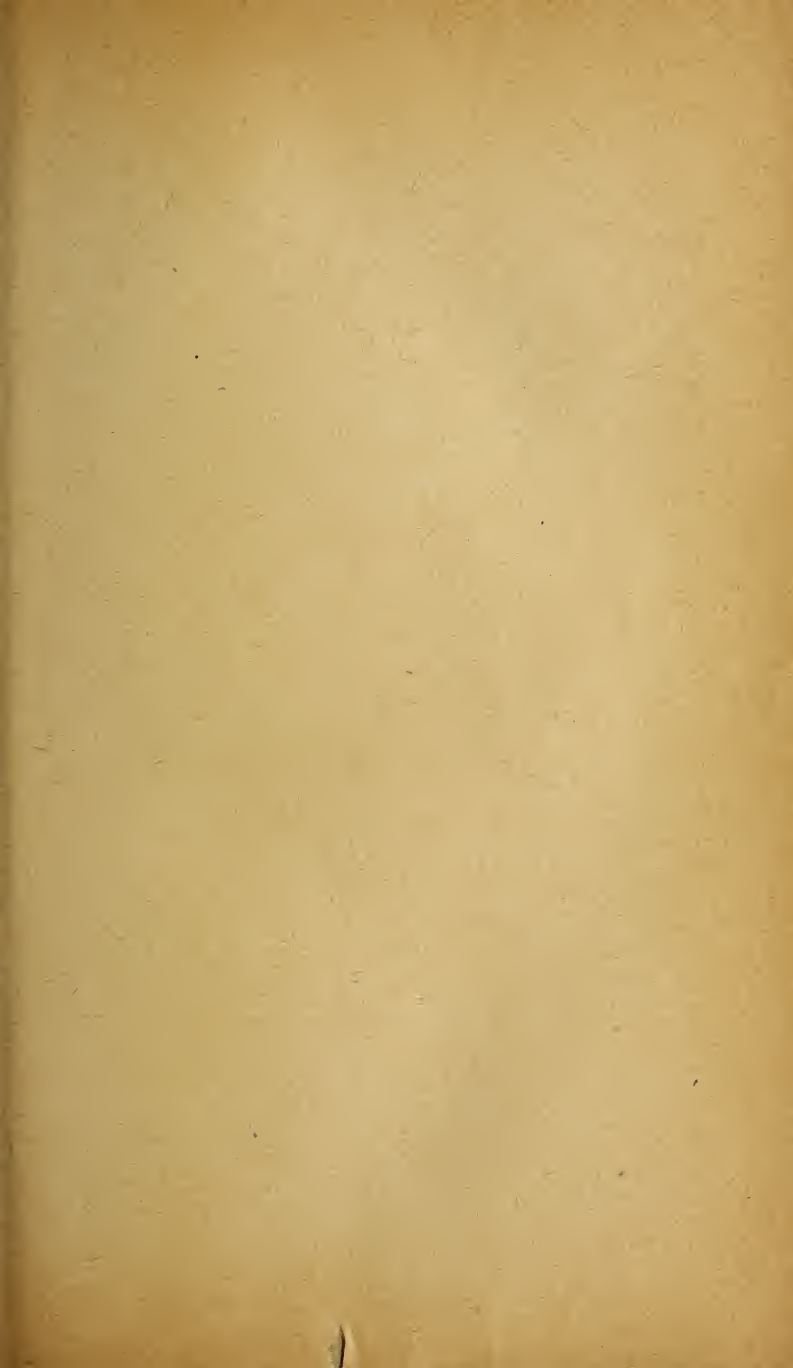
D.^a VIR. No viene á mí dirigida (Se la á Dolores.
DOL. Ni á mí.

(Al público.)

Es para ustedes, señores.
La abriré.

D. MAR. Alguna embajada.
DOL. No tal, es de los autores,
suplicando una palmada.

FIN





PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de *González é Hijos*, Puerta del Sol, 9; de los *Señores Simon y C.^a*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS

En casa de los correspondientes de la Administración

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA**, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN**.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.